

lugar. Está en el corazón y en la acción de todos los hombres y mujeres que, mirando hacia el futuro, mirando hacia el pasado, mirando hacia el presente, con el corazón puesto en Cristo Jesús y en María, Madre de Dios y Madre nuestra, cuya protección por intercesión de San Fernando, que reinó sabiendo que tenía un Rey Superior, solicitamos.

## DISCURSO DE ARMANDO MARCHANTE GIL

Sras., Sres., estimados AMIGOS DE LA CIUDAD CATÓLICA:

Francisco José Fernández de la Cigoña acaba de dar a la luz un importante libro continuador de una serie —que deseamos vivamente llegue hasta nuestros días— titulada «El liberalismo y la Iglesia española. Historia de una persecución». La amplia y documentadísima obra contiene muchos y muy interesantes datos relativos a las Cortes de Cádiz, especialmente en lo concerniente a la persecución, entonces iniciada y que se prolonga hasta nuestros días, en particular contra la Iglesia Católica como institución, y contra el catolicismo en general como transmisor de un mensaje divino que sus perseguidores rechazan.

Me ha llamado mucho la atención una noticia que, tomada de la primera carta de «El Filósofo Rancio» —seudónimo del dominico P. Alvarado—, reproduce dicho libro. Es el caso que la Regencia publicó en 1810 una proclama con ocasión del día de San Fernando en la que, ni por asomo, se aludía para nada a Dios y a la Religión católica. El P. Alvarado se pregunta «¿Cómo puede hablarse de San Fernando sin hacerse mención del Dios de quien San Fernando nunca se olvidaba ni de la religión que inspiraba sus expediciones y a quien el santo consagraba sus victorias?».

Claro es que el mismo autor de la pregunta encuentra la respuesta al estimar que el desconocido autor de la proclama era el mismísimo Manuel José Quintana, constituido en lo que ahora llamaríamos jefe de relaciones públicas o portavoz de la Regencia, puesto el menos adecuado para un personaje tan sectario como lo era Quintana. De todas formas, podemos apreciar que ya entonces, la ocupación de puestos de influencia era un arte bien conocido por los enemigos de la religión y que también lo era tender una cortina de silencio o de tergiversación sobre los personajes que no eran de su agrado, aunque se tratase de un rey tan egregio como Fernando III el Santo. Nuestros progresistas de hoy y sus manejos vienen de muy atrás y tienen una escuela de siglos. Siempre los hijos de las tinieblas han sido más astutos que los hijos de la luz.

No silenciaremos nosotros ni a Dios ni nuestra Religión ni a nuestro Santo Patrono cuya ayuda e intercesión necesitamos más que nunca. A él pido que nos tenga presentes desde la Gloria que goza. Su vida terrenal fue reflejo de cuanto había anunciado el salmista.

«En tu poder, ¡oh Señor!, se goza el rey  
¡Cuán jubiloso está de tu socorro!

.....  
¡Por tu protección es grande su gloria  
le has revestido de esplendor y magnificencia»

Salmos 21, 2 y 6

Con su ayuda tenemos que seguir nuestro camino que no es nada fácil; lo es cada vez menos, pero aquí estamos un año más y espero que muchos. Nos reunimos en el día de San Fernando porque creemos en la Verdad Absoluta que es Dios.

Creemos que de la Verdad Absoluta, Creadora de todo lo visible y lo invisible, se derivan unas verdades esenciales que deben regir la vida de las personas y de las sociedades humanas.

Creemos que esas verdades en lo relativo al orden social están contenidas en la doctrina social de la Iglesia que todos los católicos, seglares o no, tenemos la obligación de conocer, practicar y difundir.

Creemos —y esa creencia es la más sencilla de todas— que el abandono de tales verdades conduce a la decadencia de toda sociedad.

Digo que esta última creencia es la más fácil de todas porque, desgraciadamente, estamos asistiendo en nuestra Patria y en nuestros días al casi total abandono de los principios que deben regir la vida social deducidos directamente del Evangelio. Las secuelas que ello comporta están bien a la vista y no voy a enumerarlas, pues no es éste un lugar para relatar las aberraciones diarias de nuestra vida social. Si por sus frutos los conoceremos, aquí están sus frutos: en el cada día de España.

Estas nuestras reuniones de los AMIGOS DE LA CIUDAD CATÓLICA tienen un carácter familiar que supone la existencia de vínculos profundos y amplios entre nosotros. Pero —no nos engañemos— se trata de una familia demasiado pequeña y que tiene la imperiosa necesidad de crecer para ser cada día más útil a la Iglesia y a España.

Estamos en una tesitura en la que la corrección del rumbo letal que lleva la sociedad en que vivimos no la van a realizar las instituciones políticas, carentes hoy de todo sentido cristiano, inspiradas únicamente en la consecución del poder político y social, y cuyo acceso nos está vedado, sino aquellas que tengan de una u otra forma un sentido trascendente de la vida y estén impregnadas de valores católicos deducidos de la doctrina de la Iglesia.

A este respecto, no es poca ni escasa la tarea ya realizada, pero es insuficiente. Hay que ampliar nuestra ciudad y hay que intensificar nuestra siembra por todos los medios posibles.

En un libro de reciente aparición, dedicado a lo que su autor llama «conservatismo», se alude a nuestro grupo AMIGOS DE LA CIUDAD CATÓLICA y a la editorial SPEIRO, que sitúa dentro de lo que llama «un cierto integrista católico templado por el alto nivel intelectual de sus miembros», calificativo que se aplica también a la revista VERBO, cuyo tono —se dice— es profundo, pero cuya influencia y penetración social es mínima.

No es cuestión de entrar aquí en esa discusión, pero sí creo interesante comprobar que, al menos, se reconoce nuestra existencia y que —siendo optimistas— el autor del trabajo parece lamentar que nuestra influencia en la sociedad no sea más amplia. Que hablen de nosotros no es malo, y menos si se hace con respeto como parece ser el caso; seguramente el autor nos cita porque no pertenece a la dañosa «progresia» eclesial y civil. Los herederos de Quintana, apostados en los puestos de influencia social y política como siempre, desde luego siguen olvidando nuestra existencia de muy buen grado. ¿Tanto les molestará?

Pero seguimos adelante. VERBO alcanza una calidad difícilmente superable y sólo su publicación bien merece el esfuerzo que se viene realizando. Este trabajo admirable y el contenido de la revista exige —y

debemos lograr en consonancia con ello—, una mucho mayor difusión de sus páginas; es cosa difícil pero no imposible. No olvidemos que la revista es un medio para lograr un fin: la construcción de la ciudad católica, y eso exige llegar a más y mayores estratos de una población cada día más desorientada. Digase lo mismo de los libros que edita SPEIRO y que complementan e intensifican la acción formativa necesaria. Tenemos que conseguirlo.

Otra reflexión que considero conveniente es no perder de vista que no estamos solos. Hay, gracias a Dios, entidades, grupos y movimientos que, con todas las matizaciones que se quiera, nos son afines. No son exactamente como nosotros, pero ellos también luchan por la deseada ciudad católica; acaso con otros medios y con otros métodos que pueden no ser los nuestros, pero que son válidos. No debemos olvidarlo.

Y termino acudiendo de nuevo a San Fernando. Que él nos ilumine, nos ayude y nos dé las fuerzas y la inteligencia precisa para sacar a esta España de la profunda sima en la que está cayendo por la pérdida de toda referencia moral y cristiana. Dios lo quiera.